

DE BESTIAS, CRIATURAS Y PERRAS

Si el amor fuera un ala

Pieza para cuatro manos

Original de
Luis Enrique Gutiérrez Ortiz Monasterio

1

-¿Te pagó?

-No.

-¿Hablaste con él?

-Sí.

-¿Y?

-Me contó una historia.

-Como siempre.

-...

-¿Le creíste?

-No, pero la historia era buena.

-¿Y ahora de qué trató?

-De una luna. Un cuento que tiene luna.

-¿Y le creíste?

-Que no, cómo jodes. Me gustó mucho su historia. Se lo agradecí.

-Deberías cuidar más el dinero.

-No. No es eso. Me va a pagar. Me gusta lo que me cuenta. Pero me va a pagar.

-Desde cuándo.

-Qué te importa.

-Cada semana durante tres putos meses.

-Y a ti qué. Si ya sabes para qué preguntas.

- Es mucho.
- Sí, es mucho. Para mí está bien. Ya no estés fregando.
- En la calle, la gente habla de un tipo, creo que alguien de la limpieza municipal, vio una estrella, o algo así.
- Pendeja, ni sabes cómo es una estrella.
- No. No sé. La vio un empleado, no yo. Supongo que tiene varias puntas, que está mal dibujada, como las que raspan con un lápiz los críos de segundo grado.
- Ellos nunca han visto una puta estrella.
- Por eso. Supongo que por eso la trazan tan mala y restristeadada.
- Los pequeños son estúpidos. Se ahogan, se pierden, se atragantan.
- ...
- Algunos, sólo algunos, dejan de respirar, sin que nadie les dé la orden clara dejan de respirar, un día se mueren súbitos. Son tontos, tontos.
- Mi niño no.
- ¿Qué?
- Caminará de pie, creo, o llorará. Sólo lo creo.
- ¿Tu niño? ¿Te refieres a la criatura? ¿A esa cosa que se pasa el día boqueando, toqueteándose el ano sin importar si está de visita en una casa decente?
- Esta es una casa decente.
- Voy a escribir un letrero. Un letrero grande, con letras grandes. Lo voy a colgar a la entrada.
- Puedo ayudarte.
- ¿Sabes escribir?
- Sí.
- Pensé que las perras no escribían. No te preocupes, puedo solo. Dirá: "Favor de no andarse tocando el ano en el interior de este hogar, somos católicos y esas pendejadas. Especialmente productos y criaturas".
- Productos y criaturas es por mi hijo.
- Por tu criatura, tu producto.
- No lo llares así. Tiene un nombre. Tú. Lo registraste. No eres bueno.
- Si quieres creer que soy malo está bien. Pero eso no soluciona nada. Tu niño tiene un problema, grave, con su anito. Es un problema difícil.
- No, eso pasará.
- No tiene por qué hacer eso frente a los demás. Es de mal gusto. Dime por qué se toca.
- Porque le gusta. A los niños...
- Lo tiene demasiado rosa. Demasiado rosa, y no lo suelta. Cree que un día se le va a escapar de los dedos como una cosa asustada.
- ¿Un pez?
- Una luna, una luna asustada. No debería, y no delante de la gente. Lo ven, se espantan. Lo tiene de mandril, muy parecido al tuyo, pero más rosado. ¿Te había dicho ya que más rosado? Es obvio, requiere la ayuda de un profesional. De un herrero, un músico, un barbero o un dentista, no sé yo, de un profesional.
- Mi niño quiere que le digas niño, de vez en cuando. En las revistas de maternidad, en algunos carteles, explican claramente que a mi niño debes decirle niño, necesita que le llamen niño, también que le lances una pelota para que te la traiga y le digas "Gracias Alberto". Es importante para él eso de Alberto, por que es su nombre, no producto. No tiene un apellido.
- Apellido no, ni modo.

- Le diste el tuyo.
- El mío no sirve. Creo que no sirve. Mi madre fue a registrarme porque había una promoción. Un descuento del municipio. Le preguntaron el apellido de mi padre y buscó uno en la guía telefónica. Primero se equivocó. Les dio el nombre de una casa fabricante de losas para cementerio. Después pidió permiso. Ya sabes. El viejo truco de "me estoy meando". Fue al baño y ahí buscó otro apellido, uno de los que rayan en las puertas de los baños, pero tampoco sirve. No puedo darle a tu criatura un apellido que no sea el de mi padre. La policía puede enterarse. Se lo pueden llevar.
- No juegas con él. Su desarrollo sicomotor. La capacidad craneal. Con el juego le crecen las piernas. Los brazos. Aprende un poquito a hacer la guerra, a no vencerse.
- Ayer lo intenté. Estuve toda la tarde en el jardín intentado esa pendejada de la pelota. No se puede. No se puede. Mi brazo no está para ser padre. Y el niño no se interesa en esas cosas, en las pelotas. Sólo en su anito. Es un niño muy problemático. Deberías conseguirle un padre.
- Yo creí que tú.
- ¿Yo qué, estúpida? ¿Yo qué?
- No me grites. Por favor no me grites. No me gusta que me grites.
- ¿Entonces a qué vienes? Todas las tardes me traes a ese pendejo, como si yo fuera el padre o quisiera serlo, y ya que lo tienes aquí prendes tu bachita y luego me lloras que no te ande gritando. Yo quisiera tener algo a cambio. Cuando no vienes, y esto es algo que no sabes porque en esos momentos no estás aquí, jodiendo, cuando no vienes me echo en la cama a oír el partido de béisbol. Hago muchas cosas. Cosas importantes. Escucho un partido. Como. Si tengo hambre, que es casi siempre, bajo a la cocina, a esa cocina que tú desprecias, que no sé por qué desprecias.
- Yo no la desprecio, lo que pasa es que no me gusta que/
- Déjame terminar. Déjame terminar. Bajo a la cocina, pongo un huevo en agua tibia, o dos, y procuro alimentarme. Cuando vienes, no puedo oír el béisbol porque te la pasas jodiendo. ¿Por qué tengo que ver a tu hijo? ¿Por qué, alguien como yo, con una educación, un trabajo probable, muy probable para que los sepas, con buenos antecedentes militares, suponiendo que tuviéramos conciencia de guerreros en este pueblo de mediocres, por qué yo debo revisar todas las tardes el año de un pequeño gorila sin dientes que ni siquiera es mi hijo, cuando podría estar escuchando cualquier puto deporte y comiendo un huevo -o dos- pasado(s) por sal?
- No me grites por favor. Gritame. Gritame de otra forma, en otra parte, pero no aquí, mi niño nos puede, nos puede...
- ¿Nos va a oír? ¿Nos va a oír? Esa cosa está más sorda que un telegrama.
- No está sordo.
- Dije sorda. Esa cosa. Sorda.
- No está. Sordo, perdón, sorda.
- No voy a gritar, te aseguro que no voy a gritar. Está bien. Está bien. Esa cosa no está sorda. ¿Escuchaste? No está sorda. Dije niño. No, criatura. Dije producto. No niño. No, no dije nada. Total. Mierda. Mierda. Eso escucha mejor que siete vacas pariendo al mismo tiempo. Te lo aseguro. No está sorda. Y aunque no lo esté no te voy a gritar, pero es obvio que ni siete vacas pariendo al mismo tiempo me pueden escuchar gritarte estando ellas en la cocina.
- Yo quisiera. Ya te lo había explicado. Yo quisiera que mi niño/

- No, no, no. Ya sé a dónde vas. Nada de eso.
- ¿Por qué?
- Porque no. Si vive en uno de esos cuartitos de vecindad del centro es normal que todo lo que hagas lo vea tu criatura. Déjalo en el lugar que le asignamos para la visita. ¿Recuerdas que fue algo que discutimos y acordamos? Democráticamente. Tú y yo, no nosotros. No nosotros. ¿Entiendes? Tú y yo. Democracia. Eso, lo tuyo, es pura promiscuidad. Yo te quiero mucho, por eso respeto que metas a dos o tres garnachones por semana a tu cueva esa.
- Si fuéramos algo más que una pluma. Casi un ala. Si el amor fuera un ala.
- Ándale, chiquita, por eso. La verga. Un ala. Por eso mételos y déjalos que te unten pepinos frente a tu criatura. Déjalos que te digan, mamá, qué rico chupas, aunque sea mentira, aunque nunca hayas sabido ni chupar una coliflor. Y todo eso delante de tu crío.
- Pero se queda solo.
- Yo lo sé, yo lo sé. A ver, quiero ver tus ojitos, quiero que me enseñes tus putos ojitos, parece que están tristes.
- No, déjame.
- Quiero verlos. ¿No estará llorando mi perrita, verdad?
- No, no.
- ¿Mi perrita no está llorando porque su, su, su eso, se queda tres horas en la cocina rascándose el anito, que es lo que le gusta, mientras ella sube a encariñarme un rato?
- No, no. Pero no me gusta. No está bien.
- No te preocupes. No le pasa nada.
- El día, el día que lo dejaste en la tina de la ropa, decías que le gustaría bañarse.
- Ni se te ocurra mencionar eso. Tú sabes que no fui yo. Que no quería. No vamos a guantearnos por eso. Además estaba lleno de mierda y tú te habías perdido.
- Salí. No pude avisarte.
- ¿Por nueve horas?
- No pude avisarte.
- ¿Y dónde estabas?
- Tampoco puedo. Tampoco te lo puedo decir.
- ¿Y entonces qué querías que hiciera?
- Que lo cuidaras, que jugaras con la pelota en el jardín. No tenías por qué dejarlo en una tina con cloro y pinol. No es bueno.
- Yo no sé cómo limpiarle la cola a una criatura. Está bien. Está bien. La próxima vez que llegue a la casa y encuentre a un perro chillando, a un ropero o un ladrillo, me va a valer madre que se le llene la boca de mierda y lo voy a dejar como lo encontré.
- Ya no quiero hablar contigo.
- Está bien, no hables. Vete. Ponte la ropa, por favor.
- ¿No vamos a hacer nada hoy?
- No, estoy triste. ¿No ves que estoy triste? ¿Crees que me va a curar la tristeza verme reflejado en tu coño toda la tarde? En tu coño que ya no brilla ni echa pus.
- ¿Crees que te pague ese tipo?
- Y si no me paga qué. ¿No traes para el camión?
- No, perdón.
- Toma.
- Gracias, pero no era eso. No, no era eso.
- Permíteme, no encuentro la libreta.
- ¿Me los vas a apuntar?

- Claro, qué querías.
- A mí me apuntas todo. Ese tipo te debe. Deberías cobrarle.
- A ése también lo tengo apuntado.
- No son lo mismo tres pesos para el camión que eso.
- ¿Qué es eso?
- Lo que te debe.
- ¿Y tú cómo sabes cuánto me debe?
- Porque debe ser mucho, las historias que te cuenta.
- Las historias que me cuenta me las cuenta a mí, que yo tenga la decencia, la sensibilidad para transferirte un poquito de la alegría que me producen, es porque no soy ese hombre malo que piensas, no soy del tipo que la gente cree por lo que mientes sobre mí cuando puedes.
- No hablo con nadie.
- No mujer, yo voy al parque todas las mañanas, a platicar con los viejos. Ellos me tienen muy enterado.
- No hablo con viejos.
- No hallo la maldita libreta.
- No me grites. Yo no sé.
- Mañana te la apunto doble.
- Oye, ¿crees que para mañana ya te haya pagado ese tipo?
- No sé, yo creo que tarda unas dos semanas. ¿Tú cuándo piensas hacerlo?
- Yo creía que si él te pagaba podríamos hacer otras cosas.
- No me cambies el tema.
- Es que yo.
- Cuándo piensas pagar.
- ¿No me escuchas?
- Habla, pues. Pinche democracia.
- Te decía que podríamos hacer otras cosas.
- Ya hablaste.
- No he terminado.
- Está bien. Otras cosas. Qué es eso de "otras cosas".
- Otras cosas.
- Otras cosas, otras cosas, como meter al niño al cuarto para que nos vea sobarnos, como si fuera un ropero o un ladrillo.
- No, para no dejarlo solo. Pero otras cosas.
- Otras cosas.
- Sí, imagino que otras.
- No, ni me las digas. Ya hablaste.
- Como firmar unos papeles. Algo más grave. Y cambiarnos.
- ¿Qué tiene de malo esta casa?
- La tuya nada, salvo que no me puedo quedar contigo.
- Eso no. La casera sabe todo sobre ti. Esa mujer sabe cosas que ignoramos de los hombres. Tiene gente vigilando. La casera dijo que no quería a nadie más en esta casa y menos a ti, con tu cosa ésa, claro.
- ¿Lo dijo?
- Lo puso en el contrato.
- ¿Puedo ver el contrato? ¿Puedo ver lo que piensa de mí en el contrato?
- Mira, en el contrato no escribe uno lo que piensa de los otros. En el contrato reza: "...no bestias, no criaturas, no perras". No sé si en ese orden, pero eso dice el contrato. Lo que esa mujer me dijo, lo que no escribió en el contrato pero me explicó la primera vez que te vio queriéndote meter a la casa por la barda de atrás, fue: "Señor, hágame el favor de leer la cláusula siete de su contrato". Y la cláusula siete dice, al pie de la letra, ni bestias coma ni criaturas ni perras punto.

- ¿Al pie de la letra?
- Sí.
- ¿Si te paga ese hombre, entonces, podremos cambiar de casa? Puedes rentar una casa chiquita o cómprate una de interés social, y nos vamos a vivir juntos.
- Contigo ni a la esquina.
- Sería más barato. Entre los dos pagamos la renta.
- Y si vivimos juntos de dónde vas a sacar dinero para pagar tu parte de la renta.
- Eso lo puedo arreglar. Trataré de arreglarlo.
- ¿No será que quieres meterte y ya adentro gritar "a ver, pendejos, sáquenme, sáquenme si pueden?" ¿No estarás abusando de mí?
- No, te prometo que voy a buscar un trabajo.
- Pues tiene que ser en uno de esos lugares que ya tienen borrada la cláusula no bestias coma no criaturas coma no perras punto. Sé de una maquiladora.
- Estaría bien.
- Ahí es al revés. En las maquiladoras sólo contratan bestias, criaturas y perras. Yo fui a una, pero ahí tampoco. Hay que ser fuerte y tener el coño listo para la supervisión. No cumplo con ninguna... Pero eso no importa, porque en quince días ya tendré trabajo.
- ¿Te pagará en quince días?
- Eso parece.
- Y nos cambiaremos a vivir juntos.
- Putra madre. No. No voy a cambiarme a vivir con ninguna perra. No voy a cambiarme porque con ese dinero voy a hacer cosas grandes. Si no me dan trabajo yo me lo voy a dar. Tengo un negocio por hacer. Un negocio grande. Ya deja de joder. Por favor. Si no te gusta el culo de marrano que tienes por vivienda ése no es asunto de la gente honorable como un servidor.
- ¿De qué es el negocio?
- Ah, y piensas que te lo voy a decir. Los negocios no se platican en la almohada, porque después, en la tuya, se lo vas a platicar a cualquiera de los malandros que metes para que vea tu hijo cómo te hacen chongos con un desarmador.
- No se lo digo a nadie.
- ¿Crees que te lo voy a decir? ¿Creer que te lo voy a decir? ¿Por qué quieres que te lo diga, por qué insistes en saberlo? ¿Quién te mandó?
- Nadie. Nadie. Sólo quiero saber.
- ¿Cuánto llevas viniendo a joderme?
- No vengo a joderte, perdón, vengo a enseñarte al niño.
- ¿Desde hace cuando? ¿Dos años?
- Más o menos.
- ¿Ves lo que te digo? Casi ni te conozco. Casi ni te conozco, te conocí ayer.
- Hace dos años.
- Te conocí hace tan poquito y pretendes que... pretendes que... Eso no se puede. No, no es correcto.
- Está bien. Si no quieres no me lo digas. Podemos hacer lo de la casa. Tú sabes que podemos. ¿Quieres que te la chupe?
- No, gracias.
- ¿Quieres que te haga lo de la báscula?
- No.
- ¿Quieres que haga el trío de uno?
- Cuál es ese.
- El que te gusta.

- Ah, cuando cierro los ojos y haces la voz de una vieja de setenta, la de una gorda madura y la otra, la tercera, una niña de siete años.
- De seis.
- De seis. De seis es bueno.
- Esa. ¿Quieres que te la haga?
- Ya te vestiste, no, ya te vestiste, ya vete que quiero oír el béisbol y poner un huevo en sal.
- ¿No nos invitas a cenar?
- ¿A qué te refieres con "no nos invitas". A quiénes.
- A mí, a mi niño.
- Me lo imaginaba. Nos. Nos. Usas el "nos" de una forma tan artera. Nos. Nos. Y crees que no me doy cuenta.
- ¿Nos invitas??
- ¿Quieres un huevo?
- De ser posible. Si no te molestamos, claro.
- Sólo hay dos. ¿Qué no has comido hoy?
- Sí.
- ¿Comiste algo hoy?
- Sí, mucho.
- ¿Qué meados comiste?
- Sí, mucho, mucho.
- La madre. Ya ves, no has comido. ¿Tu producto ese come huevo?
- Cuando hay.
- Pues sólo hay dos. Me los iba a preparar. Ponlos en agua y se los comen.
- ¿Podría ser en aceite?
- No, no podría ni podrá porque no hay aceite y no voy a salir a estar horas a comprarlo.
- Yo puedo. Apenas son las siete.
- Si no tienes para el camión.
- Voy a comprarte una botella, nosotros sólo usamos un poquito. Dame el dinero.
- No, mejor en agua, el aceite es malo para la salud. Un hombre pasa los martes por la mañana. Algo grita, algo vende. No sé. Sólo alcanzo a escuchar que explica que el aceite de cártamo puede matarnos. Imagino que él vende manteca de cerdo. Pero no sé, te digo. Pienso que es manteca lo que vende, sólo lo pienso, si no fuera manteca no me lo explicaría.
- Está bien nos lo comemos en agua con sal. ¿Y tú, no comes?
- Ya qué. Hoy no me tocaba.
- ¿Me como uno y te dejo uno?
- No, ya mañana veré qué hago. Adiós.
- Bueno, se supone que debo decirte adiós o gracias.
- Dios quiera y no se atraganten.

-Por qué no abriste.
-No sabía que fueras tú.
-¿Nunca abres la puerta cuando tocan?
-Hay mucha gente. Mucha gente viene a joder. Lo bueno es que eras tú. Creí, creí que era ese que quiere que venda corbatas. Una muchacha trae en un carrito productos lácteos que ayudan a eructar. Ella también pudo estar tocando. Y hay un tipo que dice que va a presentarme a unas mujeres que bailan bien.
-A unas cabareteras.
-Sí. Pero no tienen trabajo. Parece que son parientes cercanas de su mamá.
-¿Y que les tienes que ver?
-Nada, sólo quiere que las vea bailar. A ver qué se me ocurre.
-A ver qué se te ocurre.
-A ver qué se me ocurre cuando estén bailando.
-¿Vas a verlas?
-No, te digo que por eso no abría, ¿y ese anillo?
-Me lo regalaron.
-¿Te lo regalaron? Se ve caro. Creo que es de compromiso.
-Me lo regaló una amiga. Hoy es martes.
-¿No traía dinero?
-Me lo regaló, no me pagó nada con él.
-¿Insististe?
-En qué.
-En que te lo regalara, en qué más.
-No, fue idea de ella.
-¿Es vieja?
-No sé.
-La tipa esa.
-Tampoco sé.
-¿Tiene dinero?
-¿Te importa?
-¿Tiene anillos?
-¿Por qué preguntas eso? Hoy es martes, no me escuchas.
-¿Sabe algo del producto?
-No. Nunca lo ha visto.
-¿Te da vergüenza que lo vea, que lo vea toqueteándose?
-No, no me da vergüenza, no lo ha conocido y ya.
-Todas las tortillas sueñan con un niño. Aunque los prefieren sanos.
-Mi niño está sano. Lo llevé a la clínica.
-No está sano. Tiene problemas. ¿Lo pesaron?
-Sí.
-¿Cuánto pesa?
-No sé, no lo recuerdo.
-¿Más que un lechón?
-No sé.
-Es la referencia. Debes preguntar si pesa lo que un lechón recién destetado. Es la referencia médica.
-Pues no sé.
-¿Le pusieron las vacunas?
-Sí, no todas.
-¿La antirrábica? Que le pongan la antirrábica. Es importante.
-No es un perro.
-Pero se toca mucho. Puede agarrar la rabia. Los perros agarran la rabia de lamerse los tanates. Deben ponerle la antirrábica a tu criatura. Nos puede contagiar. Una mordida. Una de sus babas. Siempre está escurriendo babas.
-Como todos los niños.

-No sé, es el único que conozco. El único que babea mucho. ¿Cuánto pagaste en la clínica?

-Veinticuatro pesos.

-¿De dónde los sacaste?

-Me los prestó una amiga.

-¿La torti del anillo?

-Ella.

-Pero no conoce al producto.

-No importa.

-¿No importa?

-No. Me los prestó para otra cosa.

-Entonces sí traía dinero.

-Me prestó el dinero ayer. Antier fue lo del anillo. ¿Puedo abrir la ventana?

-No, va a llover. ¿La ves todos los días?

-No, la conocí el domingo.

-El domingo no se debe andar un emparentando con nadie. Es de mala suerte. Las personas que uno conoce en domingo...

-A ti te conocí en domingo.

-Algo así es lo que digo. Bien. Bien. Bien. Cuando vayas a la clínica dices que no traes dinero. ¿Entiendes?

-No.

-No importa. Dices que no traes dinero y vas a una oficina que se llama Trabajo Social. Allí les explicas que eres desempleada.

-Soy desempleada.

-Por eso. Que no tienes cómo mantener a tu producto. Que eres madre soltera.

-Soy madre soltera. ¿Puedo abrir la ventana?, hace calor.

-Si hace calor y está nublado es porque va a llover. ¿Ya vas entendiendo?

-Sí.

-Que no te vuelva a pasar.

-¿Qué?

-Que les dejes tu dinero. Es mejor ahorrar. Y aprovecha, ya que estás ahí.

-¿Dónde?

-En la clínica. Aprovecha para que le cuenten bien, con calma, los dedos de los pies y de las manos.

-Tiene los dedos completos. Por qué insistes en eso. Está sano.

-Se los cuentan.

-Yo se los conté ya.

-Muy de prisa. Eres muy atolondrada. No te fijas bien. Te saltas el siete. Siempre te saltas el siete, y a veces se te va también el tres.

-¿Quieres que lo traiga? ¿Quieres contárselos tú?

-No. No es necesario. Ya se los conté. No está bien, no es un buen producto. ¿Cómo era el papá?

-El papá eres tú.

-El que te fermentó. Cómo era el tipo que te fermentó de esta criatura.

-¿El padre biológico?

-Ah. Era biológico. Eso me interesa. ¿Cuánto le pagaban?

-No sé. No sé quién es el padre biológico.

-Estabas muy tomada.

-No bebo.

-Sólo mota.

-Sí, solo mota.

-Eso es bueno.

-No recuerdo bien cómo era.

-¿Amigo?

-No creo.
 -¿Cliente?
 -Oye, no me digas más eso. Me haces sentir como puta.
 -Perdón. ¿Te pagó?
 -Ya no me digas así.
 -Perdón. Perdón. ¿Te prestó dinero? ¿Te regaló un anillo?
 -Tal vez sí. Recuerda que para mí tú eres el padre.
 -¿Para qué te prestó el dinero?
 -No lo recuerdo. Fue hace más de tres años.
 -La torti. Para qué te prestó dinero la tortilla.
 -¿Mi amiga?
 -Sí. Ella. Ayer.
 -Antier.
 -¿Fue para algo importante?
 -Sí, pero no pude. Había mucha gente.
 -¿Era una cola larga?
 -No era de hacer colas. Había gente por todas partes. Muchas mujeres con tacones. Algunas descalzas. Sillas. Un ojo grande en el techo. Un hombre alto, con la cara manchada.
 -¿Sucia?
 -Manchada. Con un tono morado, cenizo, por toda la cara. Me veía. Me veía mucho.
 -¿Te veía a las tetas?
 -Todos los hombres miran a las tetas. Es como si te vieran a los ojos.
 -¿Qué quería?
 -No sé, pero me asusté. Me veía sin sonreír. Estaba sentado en una banca. Con una mujer. No veía a la mujer. Me veía a mí. La mujer le hablaba y él no respondía. La mujer se enojó, comenzó a golpearlo en el hombro con un paraguas pero él no la atendía. Sólo me veía a mí.
 -Eso ya lo dijiste. No tienes que repetir todo. ¿Qué es lo que querías hacer ahí que no pudiste?
 -¿Por qué quieres saberlo? ¿Te interesa?
 -¿Era importante para ti?
 -Sí, creo que mucho. ¿Te interesa saberlo?
 -No, sólo preguntaba. Ya sabes. Para conversar.
 -¿Te gusta conversar conmigo?
 -Si estás aquí, es mejor que lo hagamos. Imagino que en las familias la gente platica de sus cosas. Eso nos hace diferentes a una manada. No sé cómo se las ingenian para tener de qué hablar, pero lo hacen. Aunque sea lo mismo. Siempre lo mismo durante cuarenta o doscientos años. Siempre platican. Eso los hace felices. Son familia.
 -A mí me gusta platicar contigo.
 -Es bueno.
 -Somos como una familia.
 -Si se toma por referencia a tu crío, se puede pensar que somos una manada.
 -Somos como una familia. Eso es bonito.
 -Sí, imagino que es bonito.
 -Fui a preguntar.
 -¿Qué preguntaste?
 -Fui a preguntar por las casas de interés social. Eso fue lo que hice.
 -Lo que no hiciste.
 -Había mucha gente esperando.
 -Pero no hacían cola.
 -No, nada de colas. Solo gente esperando. En ese lugar. Dicen en la publicidad que tienen planos.

-¿Los regalan?

-No, creo que no. Iba a comprar uno, para que lo vieras.

-Que bueno que no lo pagaste. Necesito que me ayudes con este cuestionario. Es para la seguridad social.

-Había mucha gente. Todos quieren casa. Una mujer vieja me pidió que esperara. Hay mucha gente. Se pueden acabar. Las casas.

-No se terminan. No te pongas triste.

-Quería que vieras uno de los planos.

-¿Tiene fotografías?

-Dibujos. Todavía no las construyen. Es una de esas preventas. Cuando te pague el tipo que te debe, podemos comprarnos una casa. Vivir juntos.

-Comprar en preventa, sí como no. Siempre hablas de eso.

-Pero ahora hay planos.

-No los trajiste.

-Iré de nuevo la próxima semana. Quiero que veas la casa.

-¿Cuántos cuartos tiene?

-Hay unas de dos, otras de uno. Otras que no tienen cuarto pero no importa, podemos construirlo ya comprada la casa.

-¿Viviríamos en el baño?

-No, se puede adaptar la cocina. Creo. Pero son muy baratas.

-Cuando tengas los planos hablamos de la casa.

-Está bien. ¿Te he dicho que te quiero?

-¿Qué quieres?

-A ti.

-¿A mí me quieres?

-Sí, mucho.

-¿Qué es lo que quieres.

-Sé que te quiero.

-Si me dices que me quieres es porque quieres algo. Algo de mí.

-Quiero que seas feliz.

-¿Contigo?

-Conmigo y con tu hijo.

-Ah, con los dos. Está bien, qué bueno eso de la felicidad.

-Sí, mucho.

-Lo que tú quieras. Te estás acercando mucho.

-¿Quieres que me desnude?

-No, así está bien.

-¿Te digo cosas?

-No, así está bien.

-¿Quieres que te quite los pantalones?

-No, así está bien.

-¿Quieres que me suba en tus piernas y me frote?

-¿Te frotes?

-Contra tu verga.

-No, así está bien.

-¿Te digo que tienes una verga enorme, muy grande, muy ancha, muy grasosa?

-No, eso sería una mentira. No me gustan las mentiras. Se parecen demasiado a las verdades. Y éstas tampoco me gustan. Quiero que me llenes este cuestionario.

-¿No quieres que hagamos cosas?

-Si vas a mentir no me gusta. Me gusta que digas esas cosas cuando te encueras. Creo que me motivan. Me motivan las piernas, sobre todo las piernas. Pero no me gusta que mientas.

-Entonces tampoco hoy quieres.

-Primero llenas el papel y luego veremos.

-¿Qué es?

-Es un cuestionario. Ya te lo dije. Aquí pon tu nombre completo.

- Bien.
- Bien. Aquí di que estás casada conmigo.
- Es como si estuviéramos casados.
- Exacto. Bien. Nadie miente. Abajo escribe que dependes económicamente de mí.
- ¿Dependo económicamente de ti?
- ¿No te presto para el camión? Cada que vienes a traerme esa criatura te termino prestando para el camión, te tragas lo poco de comida que tengo y todavía me preguntas si dependes económicamente de mí. Escribe que sí.
- Perdón. No quería. No tienes por qué gritarme.
- Ya lo sé. Ya lo sé. Se me escapó. Una familia es armonía. Eso lo sé bien.
- ¿Cómo lo sabes?
- Lo dicen en la televisión. Venden cereal, imagino que cereal, o llantas. No recuerdo, pero es el anuncio de una casa comercial muy seria. El tipo que lo anuncia usa traje y trae un niño agarrado a la mano izquierda. Y hay una niña frente a él, recargada en su pito. Familia es armonía. Él usa traje. Creo que sabe de lo que habla.
- Vamos a tener armonía en esta casa.
- Es que no puedes ni llenar un formulario.
- ¿Para qué es?
- Para algo que necesito.
- ¿Vas a pedirle dinero al gobierno?
- Sí.
- ¿Para que compremos la casa?
- Puede ser.
- ¿Sabe que si aceptas en un formulario oficial que estás casado con alguien, eso cuenta como si realmente estuvieras casado?
- No. Ya lo averigüé. No.
- Leí que sí.
- Bueno, si estás más contenta. Está bien. Si llenamos estos formularios es como si estuviéramos casados. ¿Qué cambia con eso?
- Nada. Se escucha bien. Sólo eso. Como cuando vino mi madre.
- A tu madre nadie la invitó.
- Estoy diciendo que vino. Y le inventaste que eras mi esposo.
- No lo creyó. Esa vieja es una fiera para eso de las mentiras. No me gusta que me hagas mentir. Lo hice por tu criatura.
- Ya lo sé. Gracias.
- Tu madre no debe volver. ¿Está claro?
- Sí.
- Si viene le platicas que me morí en un accidente automovilístico. Eso suena realista.
- Pero sabe que no tienes auto.
- No importa, yo no iba manejando. ¿Está claro?
- Sí. Le digo eso.
- No quiero volver a mentir por tu culpa. ¿Ya terminaste?
- Me faltan dos renglones. Querrá ir a rezar a tu tumba. A ella le gusta rezarle a los cadáveres.
- Pues la llevas al panteón y buscas y buscas hasta que se canse. Sirve que lo conoce. Para que se vaya acostumbrando. La entrada es muy bonita.
- De piedra.
- Sí. De piedra rosa. ¿Sabías que es del siglo diecinueve?
- No, pero eso es viejo.
- Ya me entendiste. ¿Terminas o no?
- Estoy revisando. Creo que esta palabra está mal escrita.

- Déjala así. A los analfabetas les dan más dinero. En el mío puse que eres analfabeta.
- No soy. Eso sí es una mentira.
- ¿Cuántos libros lees por año?
- No sé. Cinco, seis.
- En estos dos años has leído uno y no lo terminaste. Lees menos de uno por año. Eres analfabeta. Doscientos pesos más al mes.
- Eso es mucho dinero.
- Vaya que lo es.
- Amo al gobierno.
- Yo no.
- Yo sí. Tengo un amigo que trabaja en el municipio. Creo que es buena persona. Tiene problemas para pronunciar ciertas letras, pero de todos modos se le entiende algo. A veces me busca y se queda tomando en la casa.
- Ya me has hablado de él.
- Se pone borracho y se duerme en la sala.
- Ya me lo habías dicho.
- No lo recuerdo.
- Pues ya me lo habías dicho. ¿Es el que cree que si no fuera por el defecto en la voz habría hecho algo importante con su vida?
- Sí, es él.
- Pues es un borracho. Además de gangoso. Hubiera sido el mismo mediocre. Todos tenemos pretextos para nuestra mediocridad. Ninguno es el correcto. Son sólo pretextos. Lo importante es sobrevivir. Reunir víveres para cuando se hunda todo. Eso no lo sabe la gente, por eso quiere ser algo. Cree que el mundo va para arriba. Eso es falso. Se mueve en círculos y ya se está gastando. Todo círculo se gasta, por eso es círculo. ¿Ese tipo es el que te regaló el sostén rojo?
- Sí.
- Esos son regalos muy... muy procaces.
- Lo sé. No se lo iba a aceptar. Le expliqué que estoy comprometida contigo y se enojó. Fue al baño y tiró el sostén por el excusado.
- Eso ya me lo habías platicado. Tienes que irte ya. Tengo una visita.
- Estuve jalándolo con un gancho de alambre, hasta que regresó. Es bonito, ¿no?
- Sí, mucho. Deberías ponértelo más seguido. Ya vete, por favor, tengo cosas que hacer.
- Se maltrató un poco con el gancho. Pero todavía es bonito. De nuevo era como la cáscara de una fruta. La de un mango, supongo. Era muy bonito.
- ¿Te puedes ir? Voy a recibir a una persona.
- ¿Tienes visitas?
- Vendrá una mujer.
- ¿Una de las primas del hombre que decías?
- Cuál.
- El de las primas cabareteras.
- No. No. No me entendiste. No sé si sean sus primas. Creo, pero sólo creo, que son parientes cercanas de su madre. Y bailan. No trabajan en un cabaré.
- Si bailan son cabareteras.
- Pueden bailar clásico o moderno. Por ejemplo, una polca. Otro ejemplo: el zapateado.
- Las bailarinas, todas, tarde o temprano terminan en un cabaré. Para eso aprenden a bailar.

-Eso no lo voy a discutir ahora. Viene alguien a visitarme. Si eso deja más tranquilo a tu crío, te digo que no es una de las parientes de mi vecino.

-¿Quién es?

-Una mujer.

-¿A qué viene?

-Vamos a hablar de negocios.

-¿Es importante?

-Es una mujer muy respetable. Creo que usa un celular, o se lo prestan. Es gente fina.

-¿Más que yo?

-Creo que sí. Tú eres, tú eres casi de mi familia.

-Yo y el niño.

-Tú y el niño.

-Alberto.

-Eso.

-Sí, eso.

-Ella es una socia. Una futura socia de negocios.

-¿Y de qué se trata el negocio?

-¿Recuerdas por qué me enojé ayer?

-¿Por tus huevos?

-No. Me enojé porque te pusiste a preguntarme por mis negocios. Estuve muy molesto. Toda la noche. Toda la puta noche muy molesto. A las tres o cuatro de la mañana te perdoné. Hasta entonces pude dormir. No quiero que me lo preguntes de nuevo. Por favor.

-Pero esos negocios de los que me decías ayer los ibas a hacer con el dinero que todavía no te pagan.

-Esos negocios de ayer no sabía de qué eran. Hoy vi un anuncio en el periódico del viernes pasado. Este sí es un negocio.

-¿Y ya sabes de qué se trata?

-No. No te lo iba a decir. De todos modos no importa. Hasta que venga ella. Si te vas te lo digo.

-Dilo. Me interesa.

-Es un negocio para el que necesito algo de dinero, no mucho. Voy a ser socio de esta señora respetable.

-¿La conoces?

-Todavía no.

-¿Cómo sabes que es respetable?

-Porque puso un anuncio respetable.

-¿Eso te basta?

-Y hablé con ella.

-¿Y de qué es el negocio, pues?

-Todavía no sé. Parece que es algo bueno. Te digo que ella ya tiene socios y a todos les está yendo muy bien.

-¿Cuánto invertirás?

-Creo que ciento cincuenta pesos.

-Bueno, no es mucho.

-No, y tiene posibilidades. ¿Ya? ¿Se pueden retirar?

-Nos vamos. Voy por el niño a la cocina. Antes dime.

-¿Qué quieres que te diga.

-Ya sabes.

-No, no sé. ¿Qué demonios quieres que te diga.

-La historia. ¿Qué historia te inventó el tipo que te debe.

-No me contó nada.

-Claro que lo hizo. Siempre lo hace.

-Pero no la vas a entender.

-¿De qué trata?

-Hay un reo. Bueno, realmente hay dos reos. Uno miente. Algo tienen escrito en la espalda. Pero uno miente.

-¿Y luego?
 -Se llama el dilema del prisionero.
 -¿Y de qué trata, pues?
 -No sé. Sólo sé que uno miente.
 -¿Es bueno?
 -Sí. No lo recuerdo, pero siempre son buenos.
 -¿Y qué tenía que ver con el dinero?
 -Nada. Lo importante para él, para mí, es que me platique un cuento. No siempre tiene que ver con el dinero que me debe. Sólo tiene que ser bueno.
 -No eres buen cobrador.
 -No dije que lo fuera.
 -Voy a la cocina por el niño.
 -Salúdalo de mi parte, por favor. Dile que hoy no pude bajar a ver cómo se manosea. Aunque no creo que entienda.
 -Está bien. Está bien.
 -Come algo antes de irte. Hay pan en el refrigerador. Le puedes untar mayonesa.
 -Gracias.
 -Pero apresúrate, no quiero que te vea mi socia.
 -Está bien.
 -¿Qué está bien? ¿Sabes por qué no quiero que te encuentre aquí?
 -Sí. Imagino que sí.
 -Se asustan cuando ven a una familia. Y el niño, de eso ni hablamos.
 -Sí lo entiendo, no te apures, nos vamos. Adiós.
 -Sí, seguramente.

3

-¿Por qué no habías venido?
 -No podía. Estaba ocupada. Perdón.
 -Estuve triste.
 -Ya lo sé. Ya lo sé.
 -Se supone que vienes tres veces por semana.
 -Lo sé, mi niño, lo sé.
 -Fueron dos meses. Creí que no volverías.
 -Algo así.
 -¿Algo así?
 -¿Cómo has estado?
 -Triste.
 -¿Qué pasó?
 -No mucho. Fui a ver las casas.
 -¿Fuiste tú?
 -Sí, no traías los planos.
 -Pensé que no te interesaban.
 -Antes no. Estuve pensando. Mucho. Pensé que podemos vivir juntos.
 -Como te lo pedía.
 -Sí, y podemos llevar al crío a los parques públicos. Se puede rascar el anito ahí. Nosotros comemos sándwiches y él se rasca el anito. Y le aviento la pelota y todo eso que hacen los padres. Ya le pregunté a un policía. No hay problema. ¿Cómo se llama?

-¿Quién?
 -Tu criatura.
 -Sebastián.
 -¿No se llamaba Alberto?
 -Es una historia muy larga. Vengo con poco tiempo. Otro día te la platico.
 -Hay tiempo. Hay mucho tiempo. Por qué le cambiaste el nombre.
 -No te apures. Te ves mal. Te ves tan decaído.
 -Estuve llorando en la mañana. Preparé la cocina. ¿Viste? Puse papeles de colores y recortes de periódicos para que Alberto los vea mientras juguetea.
 -Sebastián.
 -Sí. Sebastián. Claro. Alberto era menos detestable. ¿Viste la cocina?
 -No, pasé directo al cuarto.
 -¿Y el crío?
 -No lo traje.
 -¿Por qué no? Cómo vamos a hacer una familia si no traes al crío a mi cocina.
 -No se puede. Por ahora no.
 -¿Dónde está?
 -Después te explico.
 -¿Por qué no habías venido?
 -Que no pude. ¿Ya?
 -Está bien. Ya. Qué bueno que estés aquí.
 -Sólo pasé a saludarte.
 -¿Ya no vamos a ser familia?
 -Sí. Sí. vamos a ser familia. No te preocupes.
 -Compré unas revistas de National Geographic. Pueden servir.
 -Sí. Claro que pueden servir.
 -¿Has comido bien?
 -Sí, lo suficiente. Ya no tengo tantos problemas con eso.
 -¿Conseguiste trabajo en la maquiladora?
 -No en la maquiladora, pero tengo un trabajo.
 -Por eso no venías.
 -En parte.
 -¿En parte?
 -Salgo tarde y tengo otras ocupaciones.
 -¿Es buen trabajo?
 -Sí, en una oficina.
 -¿De donde sacaste los certificados de primaria?
 -Me los mandó mi madre. Y los demás. ¿Puedo cerrar la ventana?
 -Conozco a una vieja que te puede vender los papeles. Le quedan casi igual que los originales.
 -¿Puedo cerrar la ventana?
 -¿No te interesan unos certificados?
 -Que no. Ya los tengo. Te dije que me los envió mi mamá. ¿Puedo o no cerrar la ventana?
 -Sí claro. Aunque hace calor.
 -Creo que lloverá.
 -No importa refresca. Si quieres ciérrala.
 -Las cosas huelen diferente después de la lluvia. Las personas también.
 -Puedes cerrar la ventana. ¿Cuándo te cambias para acá?
 -No sé. No le gusto a la casera.
 -Hablé con ella. Le comenté de mi familia y esas cosas.
 -El contrato dice no bestias, no criaturas, no perras.
 -Sí, eso parece. Pero la mujer es comprensiva. Si quieres. Así podemos quedar. De todos modos.
 -Comprensiva.

-Eso.
 -¿Por qué no me lo habías dicho antes?
 -Porque no habías venido. No sabía dónde buscarte. Sabía de la cuevita que rentas en el centro. Pero no sé dónde. Tienes que darme el domicilio. Por alguna emergencia.
 -Por si no vuelvo.
 -Sí, por si no vienes. Te busco. Voy ahí Si no te encuentro te dejo un papelito. ¿Cuándo te cambias?
 -No sé. Ahora no puedo. Estoy ocupada con mis cosas.
 -Tú no tienes cosas.
 -Con mis asuntos.
 -Tú no tienes asuntos.
 -Ya los tengo.
 -¿Son buenos?
 -Sí, parece que sí. Ya me voy.
 -No, espera. Tengo que enseñarte algo.
 -Qué. ¿Ya estás haciendo el negocio?
 -¿Cuál?
 -El de la mujer con la que te ibas a asociar.
 -No vino. No vino. Por eso te buscaba. Quería preguntarte si no la viste en la puerta, o en el camino a la parada del camión. Ese día.
 -No, no lo recuerdo.
 -Creo que te vio y se asustó. Ya ves cómo son los negocios.
 -Sí, así son los negocios.
 -Fue mejor que no viniera. Pero deja que te enseñe.
 -Qué.
 -Mira.
 -¿Y eso?
 -Me pagó, me pagó el tipo de las historias.
 -¿Todo?
 -Sí. Podemos ahorrar. Aún no me llegan tus cheques del gobierno pero en mayo comienzan.
 -Bien. Me da gusto. ¿Y la historia?
 -Qué historia.
 -Qué historia te contó.
 -Nada. No me contó nada. Sólo me pagó.
 -¿No le reclamaste?
 -No pude. Es un tipo grande.
 -¿Le explicaste que esas historias son importantes para nosotros?
 -Sí. Sí. Se lo pedí. Cordialmente. Hice el gesto de abrocharme las cintas de los zapatos y le rogué que me contara algo. No quiso. Me descubrió. No uso cintas en los zapatos.
 -Hijo de puta.
 -Sí.
 -Así es la gente. Primero le haces un favor.
 -Eso. Eso. Se lo di a entender. No le importó. ¿No vamos a hacer nada?
 -¿Como qué?
 -Algo. Alguna de tus cochinas. No te has quitado la playera. Quiero verte las tetas.
 -Otro día.
 -Ahora estoy motivado. Estuve tocándome todo el día. ¿Quieres ver mi enorme verga?
 -No, no quiero. Tengo prisa. Nos vemos después.
 -¿No quieres? Te puedo prestar unos billetes.
 -No los necesito. Pero gracias.
 -¿Tienes mucha prisa?
 -Sí.
 -¿Ves a alguien?

-Voy a ver a una amiga.
-¿La tortilla?
-Sí, creo que la tortilla.
-¿Aún tienes su anillo?
-Lo tuve que empeñar.
-¿Ya le dijiste? Ten cuidado, las tortillas tienen muy mal carácter.
-Ya sabe. Me va a comprar otro.
-Pues ten cuidado.
-Que me va...
-De todos modos. Cuidate de otras cosas. Esas mujeres no respetan nada. No les importa si una mujer tiene familia, marido y esas pendejadas.
-¿En serio?
-Ni te cuento. Cada que rompen un hogar se tatúan algo en el cuerpo. Por la televisión hablaban de una que se mandó a hacer otro cuerpo.
-No creo.
-¿Tu amiga está tatuada?
-No.
-Los esconden. Se los rayan en los lugares más asquerosos. Lugares que uno no ve.
-Ya la he visto entera y no tiene tatuajes.
-¿La viste desuda?
-Sí, varias veces.
-Se está desnudando frente a ti. Es para seducirte.
-Algo así. Ahora si me voy.
-¿No quieres saber lo que estoy haciendo?
-¿Qué estás haciendo?
-Estoy tomando clases. De carpintería.
-Vaya, vas a hacer algo.
-Compré un curso por correo. Ya lo estoy leyendo. Parece que tengo que comprar una herramienta.
-Con el dinero que te pagaron puedes hacerlo.
-No, recuerda que ese es para la casa. Ya aprendí a hacer ciertos cortes. Y algunos empalmes.
-¿Sin herramienta?
-Bueno, aprendí la técnica. En el primer fascículo leí que hay mucho trabajo para los carpinteros.
-No lo dudo. ¿Has hablado con los doctores?
-¿De la carpintería?
-Sí, de la carpintería y de todo.
-Si, hablamos mucho.
-¿Y puedes hacer trabajo pesado?
-No es problema. Ayer fui a la diálisis. Me pusieron pomada en la manguerita porque se estaba infectando. ¿Quieres verla?
-No, realmente no tengo tiempo. Paso después.
-¿Vienes mañana?
-Paso después. No sé cuándo.
-Trae por favor a Alberto.
-Sebastián.
-Eso. Tráelo. Quiero jugar con él.
-Lo recordaré.
-¿Cuándo vienes?
-Que no sé.
-Bueno, te espero mañana. Si puedes. Si no vienes no importa, mientras te espero.
-Puedes estudiar carpintería mientras me esperas.
-Es buena idea.
-Adiós.

-¿Cuándo?
-Algún día.

-Qué dijiste. ¿Qué dijiste cerda? ¿Qué chingados dijiste al final?
¿Era algo sucio? La puta. La muy puta.

